
Un nuevo consenso en el continente americano*

Warren Christopher

Muchas gracias por tan amable presentación. Me siento muy complacido por estar en esta vasta metrópolis, la cuna del nuevo mundo y ahora la ciudad más grande de la tierra. Como oriundo de California y de Los Ángeles, me siento especialmente orgulloso por encontrarme con ustedes en este centro vital de la moderna cultura hispana en el continente americano. Esta tarde visitaré uno de los tesoros nacionales de México, el Museo de Antropología en Chapultepec. Ahí tendré la oportunidad de reflexionar sobre la riqueza de las culturas precolombinas que son parte del acervo de esta nación.

Formar parte de la historia es algo inherente a mi trabajo. Cuando se está haciendo historia, con frecuencia puedo verlo, sentirlo y también ayudar a que esto suceda. Tuve ese privilegio el miércoles pasado, en otra ciudad de grandeza arcana, El Cairo. Ahí, Israel y los palestinos acordaron poner en vigor la Declaración de Principios que, esperamos, va a transformar al Medio Oriente desgarrado por la guerra. Afortunadamente, ahora nuestra tarea no es cuestión de guerra o paz. Sin embargo, creo que la historia tendrá muy presente la importancia del trabajo que emprendemos aquí.

Esta mañana, me uní a miembros del gabinete del presidente Salinas y varios de mis colegas de nuestro propio gabinete para inaugurar la I Reunión Binacional desde que el TLC entró en vigor. Estados Unidos sostiene sólo con México reuniones anuales de este tipo. En éste y en otros foros he encontrado que la calidad del liderazgo mexicano —su experiencia técnica y visión política— compite con el de cualquier otra nación en el mundo.

Tengo la confianza de decir hoy en día que las relaciones entre nuestros países nunca han sido mejores, más vigorosas o más importantes.

Hoy reconocemos que el TLC no es sólo un momento crucial para el libre comercio sino un acontecimiento transformador en la historia de nuestras relacio-

* Discurso del secretario de Estado de los Estados Unidos de América; tuvo lugar en el IMRED, el 9 de mayo de 1994.

nes. Es una plataforma para la prosperidad y un puente para un comercio e inversión mayores en las Américas. Para Estados Unidos, México y Canadá, el TLC representa una decisión monumental para fortalecer la cooperación, ampliar la integración en nuestro hemisferio y profundizar nuestra participación en la economía global.

El TLC refleja y fortalece la nueva realidad del continente americano. El histórico movimiento en el transcurso de la última década hacia la democracia y la liberalización económica ha tenido como resultado una convergencia sin precedentes de valores e intereses entre las naciones latinoamericanas, y entre ellas y Estados Unidos.

Cuando visité América Latina en 1977 como subsecretario de Estado, la mayoría de las naciones de la región estaban estancadas bajo regímenes militares. En la actualidad, casi cada país de la región es una democracia, y se aprecia de serlo. No es una coincidencia que las economías han crecido y el comercio se ha multiplicado. Este progreso está cobrando un impulso irreversible, no es de sorprender que ha sentado precedentes importantes para el cambio político y económico en todo el mundo.

Hoy se ha formado un nuevo consenso en América Latina. Los mercados abiertos funcionan, los gobiernos democráticos son justos y, juntos, ofrecen la mejor esperanza para elevar las vidas de los pueblos.

Aquí me referiré al progreso que hemos hecho y el trabajo que aún queda por hacer para construir con base en este consenso de Las Américas.

Permítanme empezar por la reforma económica. América Latina está capturando la imaginación —y atrae el comercio y la inversión— de Estados Unidos y del mundo. Las exportaciones a la región se han más que duplicado tan sólo en los últimos seis años. México se ha convertido en nuestro tercer socio comercial y el mercado de más rápido crecimiento para nuestras exportaciones.

La liberalización está abriendo mercados, reduciendo barreras, eliminando aranceles y creando empleos. Las empresas estatales ineficientes están cediendo el paso a compañías privatizadas que impulsan la productividad. Las crisis de la deuda están quedando atrás. América Latina está creciendo con mayor rapidez, en promedio, que las naciones industrializadas avanzadas de la OCDE. Los “jaguares” latinos están en activa persecución de los “tigres” asiáticos.

Las reformas económicas modernizadoras realizadas por la administración del presidente Salinas han hecho que México marque el paso para la región y para el mundo. Al convertirse en miembro del Foro de Cooperación Económica de Asia y el Pacífico, México está extendiendo su dinamismo y destino hacia Occidente. Y al ser el primer miembro latinoamericano de la OCDE, México está adquiriendo nuevas responsabilidades como un líder de la economía global.

El presidente Clinton ha reafirmado nuestra intención de negociar acuerdos de libre comercio con otras democracias de economía de mercado en el continente. Tenemos el compromiso de empezar con Chile, otro país que está en el filo de la reforma económica. Estamos realizando consultas con el Congreso con el objeto de obtener amplia autorización para usar la vía rápida en estas negociaciones.

A medida que ampliamos el comercio, también debemos edificar una nueva arquitectura para la integración e inversión regionales. Los bancos de desarrollo regional son vitales si es que vamos a ampliar el círculo de democracias que prosperan. El mes pasado dimos en Guadalajara un paso importante con el reabastecimiento sin precedentes del Banco Interamericano de Desarrollo. Juntos, proporcionamos un nuevo capital por 40 000 millones de dólares que permitirá que el BID promueva varias prioridades nuevas: invertir en la educación y en recursos humanos, proteger el medio ambiente y apoyar al sector privado.

Con el fin de hacer realidad la promesa plena de los mercados y del comercio abiertos, las arterias vitales de la economía liberal de mercado —desde los reglamentos sobre la banca hasta el transporte y las comunicaciones— deben realizar el comercio de manera más eficiente. Asimismo deben sostenerse las reformas de la última década. Debemos seguir reduciendo la inflación, conteniendo la deuda pública, combatiendo la corrupción.

Comprendemos, como lo hizo el gran presidente mexicano del siglo XIX, Benito Juárez, que aun cuando la reforma requiera “inmensos sacrificios”, ella es la base de la libertad y de la modernización. En el espíritu de Juárez, la reforma también debe beneficiar a cada segmento de la sociedad y reducir la brecha entre ricos y pobres. Todos nuestros gobiernos, incluyendo el mío, tienen la responsabilidad de ayudar a quienes se han quedado atrás: los que han perdido su empleo y los que nunca lo han tenido.

La democracia es el nexo individual más eficiente entre la prosperidad y la equidad. El fortalecimiento de este eslabón no sólo va a dar mayor poder a nuestras naciones, sino que también las enriquecerá.

El movimiento hacia la democracia en América Latina es la gran epopeya de fines del siglo XX. Pero no se le captura en una sola imagen tan indeleble como la caída del Muro de Berlín o la de los sudafricanos votando y proclamando su libertad. Sin embargo, las victorias de la democracia en este continente, desde Argentina, Brasil y Chile hasta Nicaragua, El Salvador y Guatemala, son igualmente vitales para la causa de la libertad.

En El Salvador, los movimientos políticos ya no preparan ejércitos sino candidatos para cargos públicos. En muchas naciones, los grupos cívicos que alguna vez realizaron sus actividades subrepticamente ahora trabajan abiertamente para monitorear los derechos humanos y hablar en favor de las necesidades

de las mujeres, de las minorías y de los pobres. Ellos están promoviendo la agenda de la democracia para la década de los noventa: están constituyendo sociedades civiles fuertes que compensan el poder de Estados poderosos; están haciendo que los gobiernos rindan más cuentas a sus pueblos.

Aquí en México, el gobierno estuvo al frente de América Latina al reformar su economía, abrir mercados y negociar el T.L.C. Ahora México, con su orgulloso acervo revolucionario, está en proceso de revitalizar sus instituciones democráticas.

En respuesta a los acontecimientos en Chiapas, el gobierno mexicano ha promovido el diálogo político y allanado el camino para la reconciliación nacional. Al anunciar un cese al fuego, disponer una amnistía unilateral y reconocer abiertamente la legitimidad de las quejas, el gobierno ha mostrado sensibilidad y responsabilidad.

En el periodo desde el trágico asesinato de Luis Donaldo Colosio, los mexicanos se han unido en favor de la democracia y contra la violencia. La muerte de un líder tan prometedor sería una pérdida terrible para cualquier nación, pero México está revelando su fuerza y su valentía. Considero que de esta tragedia surgirá la renovación.

Las elecciones de agosto próximo demostrarán la vitalidad de la democracia mexicana. Aplaudimos las amplias reformas electorales que México ha adoptado en años recientes, incluyendo el acuerdo del 27 de enero de este año. Tenemos confianza en que esta reformas, en combinación con su nueva tecnología electoral, producirán una elección libre y justa que dará a todos los mexicanos confianza en su resultado.

Tenemos una relación vigorosa y productiva con el presidente Salinas y su gobierno. Confío en que tendremos una relación igualmente vigorosa y productiva con el gobierno que los votantes mexicanos elijan en las elecciones de agosto.

La democracia y los derechos humanos son principios cardinales del continente americano. Desafortunadamente, Haití y Cuba siguen fuera de la órbita de la democracia.

El presidente Clinton está comprometido con la restauración de la democracia y el regreso del presidente Aristide a Haití. El hemisferio está unido en contra de la usurpación sin escrúpulos por parte de los dirigentes golpistas. El pueblo de Haití ha sufrido grandemente bajo su régimen represivo.

Ésta es la razón por la cual el viernes pasado, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptó nuevas y amplias sanciones, severas, que incluyen medidas inmediatas contra los dirigentes golpistas y quienes los apoyan. Si los dirigentes militares de Haití rehúsan dejar el poder, descubrirán que la comunidad internacional tiene tanto la voluntad como los medios para hacer que paguen el

precio de sus acciones ilegales. Al mismo tiempo, la comunidad internacional incrementará sus esfuerzos para asegurar que reciban asistencia humanitaria los que la necesitan. El presidente Clinton anunció ayer que, por su parte, Estados Unidos aumentará sus programas humanitarios de alimentación y salud en Haití para que beneficien a 1 200 000 personas.

Todas las naciones del continente americano tienen interés en evitar que se regrese a los regímenes dictatoriales. Estados Unidos está comprometido con las naciones del hemisferio para lograr este objetivo común. Estamos trabajando con la República Dominicana para hacer más eficaces las sanciones a lo largo de la frontera de este país con Haití; buscaremos aumentar el número de representantes de la OEA y de la ONU que ven la situación de los derechos humanos en Haití, y trataremos de obtener la participación de otros países de la región en un esfuerzo por asistir a los refugiados políticos haitianos. Juntos podemos restaurar la democracia y la esperanza al pueblo de Haití.

Al igual que todos los demás habitantes del continente americano, el pueblo de Cuba merece el derecho de elegir a sus líderes y de tener el mando de su destino. En vez de ello, su nación se encuentra en una espiral económica a la baja. Cuba puede escapar de esta difícil situación sólo uniéndose al movimiento hemisférico de sociedades abiertas y de mercados abiertos.

Al reconocer este movimiento esperanzador, también reconocemos que debe hacerse más para cumplir las promesas de la democracia en las Américas. Debemos construir con base en el progreso que los militares latinoamericanos han hecho al aceptar la primacía de la autoridad civil. También debemos alentar el establecimiento de sistemas judiciales completamente independientes, pues son esenciales para garantizar que la norma de la ley prevalece para todos.

Las instituciones públicas deben ser más eficientes y rendir cuentas de sus responsabilidades. La burocracia que no responde a la sociedad mina la productividad y destruye la confianza en la democracia. Por esta razón, el vicepresidente de Estados Unidos, Al Gore, está al frente de un esfuerzo ambicioso de “reinventar el gobierno”.

Con el fin de mantener la confianza en la democracia, los gobiernos deben atacar los flagelos de la corrupción y del narcotráfico. Si se puede comprar su fuerza, el gobierno no puede ser una entidad responsable. No se respetará la autoridad si puede desafiarse impunemente el imperio de la ley.

La producción y el tráfico de drogas sigue siendo un enemigo pernicioso. Las drogas destruyen vidas y alimentan violencia. El comercio de las drogas alimenta la corrupción oficial y distorsiona las economías al desviar recursos privados hacia imperios criminales.

Bajo el liderazgo del presidente Clinton, Estados Unidos está afrontando la responsabilidad de su parte en el problema. Culpar a otros países por nuestros problemas relativos a las drogas no va a ayudar a que los adictos en Los Ángeles o Nueva York dejen las drogas. Nuestra primera línea de defensa es reducir la demanda de drogas en nuestro país. La estrategia del presidente Clinton con respecto a las drogas y su propuesta legislativa sobre el crimen nos permitirá hacer mucho más en: aplicar en la calle las leyes sobre drogas, aumentar la prevención del abuso de las mismas en nuestras comunidades y proporcionar tratamiento en las prisiones a quienes abusan empedernidamente de ellas.

Reconocemos que muchas naciones del continente han tomado graves riesgos y demostrado una flexibilidad sobresaliente en la lucha contra las drogas. La cooperación entre Estados Unidos y México contra los narcóticos está en su más alto nivel en la historia, aunque aún queda mucho por hacer.

Debemos ayudar a fortalecer las instituciones democráticas, de manera que puedan resistir la intimidación. Apoyaremos programas de desarrollo sustentable para reforzar las economías de países productores de drogas y por donde pasan en tránsito. Por primera vez sumaremos a las instituciones financieras internacionales en este empeño. Vigorizaremos la aplicación de la ley a nivel global contra los carteles de la droga. Debe levantarse, para siempre, el virtual "estado de sitio" que ellos imponen a las ciudades e incluso a las naciones.

Al igual que las drogas, la contaminación ambiental no respeta fronteras, no puede ser detenida por los funcionarios de aduanas. Se le debe combatir a nivel nacional, regional y global. Hace dos años, los líderes de 120 naciones se reunieron en la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro. Fue un acierto realizar esa reunión cumbre en el continente americano, pues afrontamos urgentes problemas ambientales, pero tenemos la oportunidad de encabezar al mundo hacia el desarrollo sustentable que equilibra la protección ambiental, las presiones poblacionales y el crecimiento económico.

Al tomar sobre sí los compromisos hechos en el acuerdo paralelo al TLC sobre el medio ambiente, México, Estados Unidos y Canadá se unieron en un esfuerzo internacional sin precedentes para reducir la contaminación. En 1994 México va a gastar más de 1% de su Producto Interno Bruto en programas ambientales —un aumento significativo. En ninguna otra parte son más importantes esos esfuerzos que aquí, en la Ciudad de México.

El presidente Clinton ha hecho que Estados Unidos regrese al cauce principal de los esfuerzos globales para reducir el crecimiento poblacional demasiado acelerado. Aquí mismo, hace 10 años, fuimos observadores de la importante conferencia sobre población. Este año, en El Cairo, vamos a ayudar a forjar un plan de acción global sobre el crecimiento demográfico. Vamos a basarnos en las experiencias

que han permitido a América Latina reducir su tasa de crecimiento demográfico a la mitad durante los últimos veinte años, asimismo, vamos a tratar de ampliar el cuidado de la salud y de dar mayor participación y responsabilidad a las mujeres.

Podemos obtener confianza de la estrecha colaboración política y diplomática que se está construyendo desde Centroamérica hacia el Cono Sur. Con el progreso de la democracia y la integración, se ha alejado dramáticamente la posibilidad de que los vecinos latinoamericanos entren en guerra. Alguna vez, Brasil y Argentina decidieron diseñar los puentes de su frontera para que se cayeran si los tanques cruzaban sobre ellos. Los argentinos, los chilenos y los peruanos minaron una vez sus caminos fronterizos. Hoy, sin embargo, los puentes y las carreteras son cruzados por el comercio, no por tanques; los ingenieros cavan túneles y ductos a través de los Andes, y los gastos militares han disminuido.

Esperamos que Brasil se una pronto a Argentina y a Chile y renuncie a la carrera de armas nucleares en América Latina al ratificar el Tratado de Tlatelolco —acuerdo hecho posible por el liderazgo de México. Argentina se unió recientemente al Régimen de Control de Tecnología de proyectiles. En momentos, cuando las ambiciones nucleares de Estados descarriados como Corea del Norte presentan una amenaza para la paz, las naciones de este continente han sentado un precedente: puede revertirse la proliferación nuclear y de proyectiles.

La Cumbre de las Américas será el catalizador de una cooperación hemisférica aún mayor este año. Estados Unidos ya ha realizado intensas consultas previas a la Cumbre con las naciones de América Latina y el Caribe. Vamos a elaborar propuestas para alentar gobiernos efectivamente democráticos, fortalecer la defensa colectiva de la democracia, luchar contra el comercio de las drogas, liberalizar el comercio y la inversión, y promover el desarrollo sustentable.

Al mirar hacia la reunión cumbre en Miami, el presidente Clinton ha dicho: “Tenemos la oportunidad única de construir una comunidad de naciones libres, con diversas culturas e historia, pero unidas conjuntamente por el compromiso con el gobierno libre y que responde a sus ciudadanos, con sociedades civiles pujantes, con economías abiertas y niveles de vida más elevados”.

La tarea de esta generación es defender e impulsar el poderoso movimiento hacia la democracia de mercado. Debemos aceptar la responsabilidad de asegurar que este gran cambio transformador se convierta en algo realmente irreversible.

Al pueblo de Estados Unidos le gusta venir a México y citar a Octavio Paz. A causa de mi juventud, traté de resistir esta práctica venerable. Pero no pude. Este gran poeta, ensayista, laureado con el Premio Nóbel y, debo agregar, diplomático, escribió lo siguiente acerca de nuestro continente: “América no es tanto una tradición que continuar como un futuro que realizar”.

Octavio Paz tenía razón: todavía tenemos por delante esta tarea.